

acercarse á la Iglesia principal que es la fuente de la unidad sacerdotal.--En otra carta al Papa, i que es la 8. del L. 4. llama á la Iglesia Romana "la madre i la raíz de todas las Iglesias cristianas." En la epístola al Obispo Subayano se gloria este Padre de estar unido, en la persona del Papa Cornelio, al jefe i raíz de toda la Iglesia católica.--San Jerónimo en su libro contra Joviano, se explica así: "Aunque la Iglesia haya sido fundada sobre los doce Apóstoles, Jesucristo eligió uno entre ellos para que fuese el Jefe, á fin de prevenir los peligros del cisma, estableciendo una autoridad que reuniese á los que, por la discordancia de opiniones, pudiesen dividirse."--En su epístola al Papa Dámaso, añade "Yo me uno por la comunión á vuestra Santidad, es decir, á la cátedra de Pedro: yo sé que la Iglesia está edificada sobre esta piedra; i cualquiera que coma el cordero fuera de esta casa, es profano; cualquiera que no habite dentro de esta arca de Noé, perece" (tom. 4. part. 2.^a) San Agustín, autor venerado por los protestantes, dice en su epístola 172, á Glorio: "En la Iglesia Romana siempre ha estado en vigor la primacía de la Santa Sede Apóstolica"--I en la 150, á Optato, dice que "va á Cesarea para obedecer, á donde lo habia llamado la obligación eclesiástica por la orden del Venerable Papa Zosimo, Obispo de la Sede Apóstolica."

Nos parece que, con lo dicho, queda mas que probada la primacía de la Iglesia Romana sobre las demas Iglesias del Orbe cristiano, i de consiguiente, ella es la Madre de todas esas Iglesias.

70/13

EXPULSION DE LOS JESUITAS DEL ECUADOR. ✓

Ofrecimos á vuestros lectores en el número 88 de este periódico, dar una noticia circunstanciada de la expulsion de la Compañía de Jesus del Ecuador, en cuyo hecho tuvo el gobierno granadino una gran parte; cumplimos hoy nuestra promesa copiando las cartas de algunos de nuestros jóvenes compatriotas que pertenecen á aquel instituto, i que han escrito á sus respectivas familias en Bogotá. Por la sencillez i naturalidad de la narracion, por los afectuosos sentimientos que expresan en el seno de la confianza familiar, i por los hechos que refieren, verase cuántos nuevos crímenes se han cometido, i, cuán calumniosos es la imputacion de los que atacan á los Jesuitas diciendo que procuran á extinguir en el corazon humano los sentimientos naturales de amor á la patria i á la familia. Ah! nunca es mas tierno i cariñoso el hombre que cuando su corazon está formado en el amor de Dios, como se forma en el seno de la Compañía de Jesus; i solo un corazon así formado, puede hacer que los que han escrito las cartas que á continuacion insertamos, perdonen á sus compatriotas intolerantes i verdaderamente fanáticos, el alto crimen de borrarlos del número de los granadinos prohibiéndoles para siempre el regreso á su patria.

República de Centro América.—Estado de Nicaragua, Granada á 1.º de marzo de 1853.

AMADOS HERMANOS I CARAS HERMANITAS:

El largo intervalo de tiempo que ha pasado desde la última vez que tuve el gusto de escribiros, junto con otros motivos que á este acompañan, me hacen que ahora yo, sin reparar en las muchas incomodidades pasadas i presentes, i desatendiendo á la gran separacion que entre nosotros hai por mares i tierras, os haga por medio de ésta, sabedores, i como á fieles hermanos, partícipes de nuestros tres meses de continuos trabajos.

Este es, amados hermanos, el motivo porque ahora desde mi destierro os escribo esta, la que al paso que os descubrirá la suerte que á vuestros hermanos les cupo en la expulsion del Ecuador i que no ignorais, servirá tambien ya de haceros ver que nuestro recuerdo i nuestro amor es siempre el mismo hacia vosotros en medio de nuestros trabajos; ya

tambien vereis que el amor á nuestra vocacion, por mas trabajos interiores i exteriores que suframos, es el mismo, i que en vez de disminuirse con ellos; con ellos se aumenta, i que el recuerdo de ser Jesuitas ha sido nuestro alimento en nuestras hambres i nuestro reposo en nuestros desvelos. Esto lo conoceréis por la constancia con que hemos sufrido los trabajos cuya narracion empiezo.

El Jeneral Urbina Presidente del Ecuador, como habreis visto en los muchos papeles que sobre esto se han escrito, comprometido por granadinos, i desatendiendo á la voz pública de los ecuatorianos que unánimemente pedía nuestra permanencia en su República, firmo el inicuo decreto de expulsion para los cincuenta Jesuitas que allí nos hallábamos. Al principio halló algun impedimento en nuestros amigos; pero todo lo venció con destreza, i así el 18 de noviembre intimó el decreto; pero me equivoqué, no fué sino un simple pasaporte, señalándonos 48 horas de término, las cuales se cumplian el 21 á las 12 de la noche. Este mismo dia se reunieron en la plaza las corporaciones religiosas i todo el pueblo para pedir al Sr. Arzobispo que se interesase con el Jeneral Manuel María Franco á fin de que se retardase nuestra salida mientras dirijia una representacion á Guayaquil; pero fué en vano. El entusiasmo no fué por eso menor, i ese mismo dia desde las 12 hasta cerca de las 3 de la tarde, se reunieron 8429 firmas que pedían al Gobierno de Guayaquil la revocatoria de un decreto tan odioso. Se aumentaba lo triste de la escena, i al fin llegan las 10 de la noche i damos nuestro último adios á Quito. Esta noche es para mí mas bien un sueño, un delirio, que una realidad. Contemplad lo que pasó allá en Bogotá, i lo mismo i aun mas, ha sucedido aquí. Todos parecían locos i desesperados; era una confusión babilónica. Entre tanto nuestros enemigos estaban escondidos i en reclusion las tropas, por temor. Llegamos á una hacienda inmediata á esperar el dia i tambien á reunirnos, pues habíamos salido de la ciudad como dispersos por varias caídas de á caballo que algunos de nuestros compañeros habian sufrido al salir. El 22 al amanecer montamos; iríamos á la sazón 40 fuera de los Señores que nos acompañaron casi hasta embarcarnos. Este dia caminamos unas 4 leguas hasta una hacienda llamada *Tambillo*, i el 23 fuimos á pernoctar á otra hacienda llamada *Machachi*, i aquí empiezan las estaciones para subir al Calvario. Dormíamos tranquilos; mas el Gobierno que con nuestra salida no cesó de temer, i que, al contrario, creyó que seríamos capaces de alterar la tranquilidad de los pueblos de nuestro tránsito, dirigió una escolta de 25 hombres de caballería armados que nos asaltó en Machachi á la una de la noche ordenándonos que siguiésemos en el acto en su compañía. Tal reputacion se hace de esta nuestra Compañía! Escoltados, pues, como Jesus nuestro Capitan, seguimos nuestro viaje haciendo jornadas de 13 leguas en compañía de hombres bajos i viles como son los *Tauras* que era el escuadron que nos seguía: vosotros allá reflexionad cual sería nuestra aflixion i nuestros trabajos en estos dias. La influencia i ruegos del Sr. García Moreno, hombre por sus letras i virtud digno de memoria, alcanzó del Gobernador de Quito contra-orden á la disposicion que habia de que siguiésemos escoltados hasta Riobamba, cuarta ciudad del Ecuador; i así despues de dos dias regresó para Quito la escolta: los hombres que la componian eran, como ya supondreis, de condicion depravada i los que antes eran nuestros enemigos, al despedirse lloraban i pedían á nuestros padres su última bendicion i á nosotros el recuerdo de ellos en nuestras oraciones. Esta es la maldad de la Compañía que convierte tales hombres como los soldados, i mas que ellos sus mandatuarios.—Sotos pues, i alzáreis

2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92

de parecer por Jeserito, atravesábamos el Ecuador siendo recibidos de todos i en todas partes con suma veneracion i amor, lo que no obstante no impedía sufrir las penalidades i trabajos de un caminante. Seguíamos en nuestro camino el rumbo de Loja que nos indicaba el pasaporte, ciudad confinante con el Perú en donde estuviéramos ahora si no reinara la envidia. Llegamos á la ciudad de Cuenca distante de Loja solo seis dias: de sus habitantes fuimos recibidos cual si entráramos triunfantes i no desterrados: la lluvia innumerable de flores, i el repique jeneral de campanas, i la multitud de jentes que venia con nosotros, pueden ser testigos de esto. Habíamos conseguido licencia del Comandante de armas de esta ciudad por permanecer allí tres ó cuatro dias descansando i esperando siete compañeros que, con las cargas i parte por enfermedad, se habian quedado atras. Tranquilos con esto, separada la no interrumpida visita que desde las 3 hasta las 8 de la noche, habia permanecido en nuestra casa, nos acostamos con las comodidades que los buenos habitantes de aquella ciudad nos proporcionó, siendo aqui para muchos la primera noche de dormir recostados no sobre sus brazos como antes. Así reposados dormíamos, cuando pasadas tres horas de sueño, oimos fuertes golpes á la puerta: no bien se habia abierto, cuando una escolta de 25 hombres se apodera de nuestra casa, é introduciendo unas pobres i miserables caballerías, las necesarias únicamente, se nos intima la orden de seguir al momento; i aunque el R. P. Superior pidió un instante para tratar de palabra ó por escrito con el Sr. Comandante, se le negó, i, haciéndonos montar precipitadamente, salimos de la ciudad, engañándonos no solo con no concedérsenos descanso alguno, sino conduciéndonos por un camino desprovisto de todo alimento para los viajantes i aun de pasto para las bestias, lleno de pasos malísimos i en que se expone la vida del pobre caminante, por lo que es poco ó nada transitado.

Salimos, pues, escoltados por las calles de la hermosa ciudad de Cuenca. ¿I cuál es nuestro equipaje? Las monturas i lo que llevábamos encima; ¿i cuál nuestro camino? No lo supimos hasta despues de media hora en que se nos anunció que íbamos por el Naranjal, pbeo ménos que decir á morir, siendo así que nuestro pasaporte i las promesas del Comandante eran de que saliésemos por la vía de Loja. ¿I qué debíamos comer en esos cinco dias de desierto? No nos faltó el pan enjugado en las lágrimas de los Cuencanos. A las 9 llegamos á una casita en donde almorzamos mui poca cosa, i en donde aquellas jentes nos llenaron de todas las dardivas que les proporeionaba su pobreza. El toque de los soldados era el mismo de nuestra marcha; desde aqui empezamos á experimentar la maleza del camino i lo desierto i abandonado de aquellos lugares. A las 2 de la tarde que nos habíamos desmontado, llegaron varios Señores de los principales, legados del pueblo que, cargados de alforjas de pan, traian dos cargas de comestibles i cobijas para 32 desterrados i varios compañeros voluntarios de nuestros trabajos. Pasamos la noche unos acostados, otros sentados, todos mal dormidos, disfrutando solamente de la conversacion de varios amigos que nos conocieron por un dia é iban á regresar el dia siguiente. El 17 salimos de la hacienda *Sorritancho*, dejando entre las lágrimas á los delegados del pueblo del Ecuador que ultimo nos dió las mayores pruebas de decision i amor. Este dia ya faltaron las bestias prestadas por el Gobierno i se vieron precisa los á seguir á pié algunos de los mas fuertes. Son aquellos unos montes áridos llenos de lagunas i desprovistos de vejetacion. Es el aspecto mas lúgubre ver en esos páramos las calaveras de 4,000 soldados que murieron en el tránsito de estos lugares en donde se siente un frio intenso. Pernoctamos en una hacienda llamada *Migún* en donde fuimos

asistidos por una caritativa señora, según sus circunstancias. El 18 nos convenimos en ir cambiando el camino, montando tres furatos i otros otros. Si me hubierais visto por aquellos desiertos con mi bordon en la mano, con alpargatas i en compañía del Padre San Roman! Pero esto aún no era nada; pisábamos todavia durito, no habia fangales i solamente nos hicieron andar unas dos leguas. Llegamos hechos sopa, como se dice, á *Molleturo*, único pueblo que se encuentra en estos desiertos. Al siguiente dia que era domingo, fuimos á misa á una iglesia que me recordó la de la *Tercera* de Bogotá, i en donde no pude ménos que derramar abundantes lágrimas; nos arrojamos sobre un monton de paja, i durante la misa solamente, sonaba un destemplado clarinete que mas parecia dar voces de llanto que de música. Despues comulgamos todos, i los Padres, con solo sus sotanas como cualquiera otro, tuvieron que acercarse tambien á la mesa eucarística, pues no podian decir misa porque la corneta ya nos daba la señal de marcha. En este dia 19, desde el principio me tocó andar á pié, i lo peor, que era de subida; teniendo el consuelo, al salir de la montaña, de hallar una fuente de agua tan fresca i buena como la de Torquita al llegar al Tambo de *Yerbabuena*. A la bajada habia que descender por una pendiente sufriendo la agudísima impresion de las filudas piedras que se hallan en el fondo de las asequias ó pequeñas fucates que cortan aquel camino. El 20 debíamos hacer una doble jornada para no dormir al campo raso en medio de la montaña: de los caballos no habia ya servibles sino unos seis.

A las 4 de la mañana el toque de marcha nos apresuraba; los pocos caballos que habia de poder servir se habian perdido, i, apesar de esto, nuestro imprudente oficial nos urjia. Salimos al fin a las 6 i media i despues de una media, legua que anduve á caballo, lo cedí á otro mas débil i me uniformé de infantería con mi bordon en la mano, el calzon bien levantado para los fangales que se me esperaban, i sin calzado alguno. Era las 10 del dia; no nos habíamos desayunado aún, é íbamos á entrar á la montaña del gran *Chalapi* que era nada en comparacion de otra que seguia llamada *Paguancal*, donde me veréis dentro de tres horas, i á la que no igualan tres Guanas i Quindios juntos. El P. San Roman era tambien mi compañero hasta entrar al Paguancal: este camino lo forman en parte rodaderos de media á una cuadra, por donde se baja mejor sentándose i dejándose rodar; es solitario i triste, lluvioso i resbaladizo. Despues de tres horas á la una del dia llegamos al sitio de la primera jornada: ya nos caíamos de debilidad, i al llegar encontramos á nuestro *delicado* oficial sentado almorzando, pues era *debilísimo*; i no puedo omitir el hacerlos la descripeion de un personaje que tanto nos honró. Era un hombre de color i el mas ingrato; los Padres trataban de obsequiarlo i él parecia insensible; ni gracias sabia dar: varias veces sucedió el estar sentado á la mesa i algunos de los Padres en pié; yo le tenia lástima. Pero qué modales podía tener un triste zapatero! Era mui triste cosa ver desde por la mañana á nuestro hombre bien plantado en la mejor mula, ir apurando del modo mas indecoroso á toda la Comunidad, i tanto mas cuando aquello era en medio de los fangales; á jovencitos que apenas podian caminar, mientras él iba perfectamente bien en su famosa mula; pero dizque era *debil* i no podía sufrir las mojas! Estando almorzando, se expresó con cuatro palabras mal pronunciadas sin señores ni cumplimiento alguno, diciendo: «es temprano, i bien podíamos llegar hoy al Naranjal, que era poco ménos que decir que debíamos hacer 8 leguas de camino; ¿qué atrevida es la ignorancia! Por mi parte no esperé mas i me interné al bosque para sacar

mi carga que venia arriando i que se habia extraviado para pastar: cada uno fué cojiendo la suya que se componia de la silla, los pellones, cauchos, zamarras i cobijas en unas bestias que tendian una vara de alto. Aquí empezaba ya lo mas difícil del camino: no habia parte que escojer; por el medio era necesario ir hundidos hasta arriba de las rodillas, por los lados debian sufrirse las espinas de Chonta; ¿qué hacer? Partir por la calle del medio i enlodarnos de piés a cabeza. Aquí hallamos un riachuelo cuyas aguas nos daban bien arriba i que teniamos que atravesar tres veces, i cada vez con mas agua. Antes de pasarlo la tercera vez sucedió una escena bien tierna. Venia una señora con dos caballeros de Guayaquil para Cuenca, i pregunta á dos paisanos suyos que iban con nosotros i que apenas conocieron por el traje: ¿Si era cierto que venian Jesuitas á pié i cuáles eran? Veniamos allí con ellos i le dijeron: estos son los Padres: al oír esto casi desmayada se iba cayendo del caballo en que iba. Ella fué sin duda, la primera que dió noticia del modo como ibamos en la ciudad de Cuenca que tanto lloraba nuestros trabajos. — Continuamos nuestro camino i á media cuadra hallamos el rio que debiamos pasar; la corriente derribó una de nuestras caballerías con el magnífico equipaje; la sacamos como nos fué posible; la descargamos i nos repartimos la carga entre los arrieros de nuevo cuño: todavia el camino era pésimo i la noche se acercaba; se metian nuestras cargas en el bosque i teniamos que espinarnos para sacarlas; al fin las alpagatas que eran nuestro consuelo i nos hacian mas suave el suelo, se iban quedando en los loñazales; perdí una i á pocos pasos se me clavó una dura espina. Descaba sentarme para extraerla; pero ¿en dónde? Todo era lodo, fango i espinas: al fin cojeando i haciendo actos de mortificación, llegué, i no sé si era mas mi peso que el del fango que traía. Por fortuna el último paso fué el de un rio en donde dejé la mitad i fui sin poder caminar á un tambo que Dios nos deparó para descansar esa noche, despues de un dia tan penoso i en donde nos obsequió su dueño con todo lo que pudo.

Las bestias cansadas, el hambre, las espinas, el fango; todo, pues, contribuyó en este detestable camino á darnos mas que padecer; á ratos á pié á ratos á caballo, al fin llegamos al punto en donde debiamos tomar embarcaciones para bajar el rio *Naranjal* i llegar a la isla *Puná*, donde un buque llamado *Olmédo*, de parte del Gobierno, nos esperaba, i en donde entramos á bordo el dia 23, dándonos á la vela al siguiente dia por esperar que llegase un comisionado que a Guayaquil habiamos enviado solicitando del Comandante de armas de aquella plaza, que nos permitiera aguardar nuestros compañeros i comprar algunos efectos, pues no teniamos ni camisa que mudarnos; i la contestacion de las autoridades fué: que nos marchásemos al instante. Esto pasó el 24 á las 9 de la mañana: á la una levaron áncoras i nos dimos á la vela. Ibanos á bordo los siguientes: R. P. Blas, P. San Roman, P. Suárez, P. Garcia López, P. Cenaruzza, P. Rosada, H. Navarros, Silvas, Velázeo, Espinosa, Borda, Ayerve, Ramirez, Garcés, Párias, Tinajero, Santistevan, Pozo, Sosa, Pradño, Garcia, Hugalde, Muñoz i otro pretendiente Garcia. El 25, 26 i 27 tuvimos viento bastante regular; pero casi todas ibamos mareados, sin tener otro, alivio que cebarnos por el suelo sobre cubierta; pues no habia un solo asiento. Allí ibamos siempre expuestos á los ardores del sol i de aquel clima abrasador: dentro de la cámara no se podia estar, pues que no tenia mas que seis varas de largo i unas tres de ancho, so pena de salir medio ahogado. Todo era conflicto, carencia i privaciones: á las seis de la tarde que me septia un poco de alivio, hacia mis pensamientos sobre un cañón que servia de mesa i con la escasa luz de la luna,

que era mi lámpara. Nuestro trato, en fin, en el estar, comer i dormir, era como el de los mayores criminales que se conducen á un destierro justo. Padeciamos; pero nuestras penas se endulzaban con el recuerdo de la cruz de Nuestro Salvador, i con el testimonio de nuestras conciencias. El 28 encontramos en el puerto de *Esmeraldas* un buque que nos esperaba para conducirnos á *Panamá*. El trato que en este buque se nos dió no fué ciertamente mejor, sin corresponder en manera alguna á la dignidad de un Gobierno que, obligando á unos hombres libres á embarcarse i á ir donde no querian ir, debia, al ménos, haberles proporcionado todo lo necesario para su viaje.

El 29 nos dimos á la vela con próspero viento i el 30 fué igual. ¿Quién hubiéramos sabido que en este dia pasábamos á vista del buque que llevaba á nuestros compañeros de Ibarra!..... El 31 sufrimos una gran calma que nos molestaba aun mas que un viento contrario. El 1.º de enero, el dia mas grande para nosotros i el mas lleno de memorias, fué uno de los mas tristes que pasamos, en medio de una calma que desmayaba i adormecía. Saqué el mapa que, por fortuna era el único libro que llevábamos de recreo, i tomando la longitud i latitud, conocimos que ibamos precisamente al frente de Bogotá. ¡Ah! que tambien aquellas montañas que nos proscibieron, nos veían ahora en un débil bajel surcando el mar segunda vez expulsos! El 2, 3 i 4 navegamos regularmente, no dejando, sin embargo, de sufrir calmas i vientos contrarios. A las 6 al fin, llevados de un viento fuerte, llegamos á Panamá. Veíamos nuevamente tierra granadina; pero no aliviaba esto nuestras penas, pues ya presajiamos lo que nos habia de suceder. Fondcados allí, esperamos que algunos que habian desembarcado nos trajeran una camisa siquiera para mudarnos, pues nuestros humanitarios gobernantes nos habian enviado de este modo el mas indecoroso, que les acarreará la mas negra i justa censura en todos los paises civilizados. El 5 estuvimos fondcados. El 6 fué el miércoles de nuestra pasion: era la una de la mañana i ya nuestro buque estaba rodeado de guardias á proa i á popa, en la puerta de la cámara i la bodega, i á los costados del buque; á las 10 se presentó el jefe político con orden de hacernos desembarcar i atravesar el Istmo porque tenia orden del Presidente de la República; i á la verdad que con las órdenes que en todas partes recibiamos i las amonestaciones é instrucciones que en todas partes tenian, bien podian haber nos enviado á la China, pues tanto derecho tenian para esto como para hacernos pasar el Istmo.

El tratamiento que los malos ecuatorianos nos dieron, como acabais de ver, fué cruel é impropio; pero al fin eran extraños nuestros, i, por tanto, ménos sensible; pero no lo fué, no, ni mayor ni mas injusto que el que nuestros paisanos i amigos nos dieron, los que olvidándose de nuestra amistad i de la libertad, nos obligan á desembarcar, á atravesar el Istmo i á ir donde ni queriamos ni podiamos ir, á *Nueva Orleans*. De nuestra amistad, dije, pues el Gobernador, señor Camacho Roklan, era hermano de aquellas vuestras antiguas é íntimas amigas que os acompañaban en vuestros paseos, i i así de otros sujetos: estos amigos, estos paisanos, desatienden á nuestras voces justas. El R. P. Superior, antes de desembarcar, les hace presente que éramos libres i que nuestro rumbo no era otro que á Guatemala, i así que solo tomariamos un buque i seguiríamos. Estas i otras reflexiones i justas voces dió; pero en vano, una escolta armada entra á bordo i, haciéndonos saltar á tierra, nos conducen á casa del Gobernador i de allí á la municipalidad, en donde nos tienen de 3 á 4 horas de pié en un corredor de donde éramos vistos de todo el pueblo, que se desentendia de nosotros i raro se compadecía. En un venerable sacerdote de la Religión de Carmelitas,

fué el primero que, habiéndonos saludado, trató de darnos alguna cosa con que desayunarnos; de su propio peculio, siendo ya las 2 de la tarde. Otras muchas cosas dignas de memoria nos sucedieron en esta ciudad que por ser parte de nuestra patria, nos es mas doloroso; pero todo lo omito por falta de tiempo. Es preciso, no obstante, confesar que algunos se portaron con un poco mas de delicadeza, i que el Gobierno, aunque por cumplir sus proyectos, nos dió, ó mas bien, nos proporcionó todo lo necesario para ir con alguna comodidad, dándonos buenas bestias para atravesar el Istmo, i pagando tambien el ferrocarril. Nos mantuvo todo el tiempo que estuvimos en tierra, hasta que nos embarcamos de su cuenta en *Colon*, poblacion nueva de la Nueva Granada.

El 13 de enero pasamos á bordo del buque que el jefe político i el R. P. Suárez buscaron allí: este tenia el nombre de *Silphide*. Las promesas que su capitán nos hizo de tratarnos muy bien, de no negárenos nada, i en fin, de llevarnos pronto, hizo que el R. P. Superior diese 60 pesos mas sobre lo que el Gobierno habia ya dado. Pero todo fué falso engaño, pues el trato fué de infima clase; se nos puso en el bodegon, que sin verlo no se puede comprender cual sea su fétido olor, cual su obscuridad, cual su estrechez; á lo que se agregó la pésima comida que se nos dió, la cual consistia en carne salada i vieja, galleta llena por dentro de gusanos, un arroz sin sal, i acabóse. Se reclamó al capitán, pero en vano; tres o cuatro cayeron enfermos, i entre ellos nuestro hermano que sigue bien malo; no obstante, me ha dicho, os pondrá una pequeña nota al ménos.

Pero volviendo á nuestro buque, voi á decirlos cómo debiendo haber ido á *Nueva Orleans*, estamos aquí. La poca prevision de nuestro capitán en preparar leña, agua i viveres, hizo que á 3 ó 4 dias de navegacion dejando el rumbo de *Nueva Orleans*, dirijiese la proa á *San Juan*, puerto de este estado. El R. P. Superior conoció su intento por lo que oia, pues este capitán hablaba inglés, como todos los marineros; lo que fué motivo para que tanto padeciésemos, i al instante habló con él i le pidió nos permitiese desembarcar allí: él al principio rehusó; pero quitados los inconvenientes que se presentaban, accedió. Segun lo jeneral, á mucho tardar, debiamos llegar al otro dia; pero una fuerte tempestad que nos sobrevino, i en que creimos perecer por la mala disposicion del buque i poca práctica del capitán, junto con los adversos vientos i contrarias corrientes, nos impidió la entrada é hizo que estuviésemos jirando por esos mares á 10, 20, 30 i 50 léguas de tan dichoso puerto, hasta el dia 24 en que la Santísima Virgen por un voto que le hicimos, nos concedió la entrada milagrosamente. Desembarcamos, pues, en *San Juan* en donde estuvimos esperando que los enfermos se restableciesen i, entre ellos nuestro hermano, que era acaso el mas agravado, hasta el dia 21, en que tomando el vapor del rio i lago de *Nicaragua*, llegamos á esta ciudad el 5 del pasado mes. A causa del restablecimiento de los enfermos, hemos parado aquí cerca de un mes, como véis, aunque hoy ha salido la primera partida para continuar nuestro viaje para *Guatemala*, en donde está el R. P. Visitador; i si no se muda la determinacion, hasta ahora tomada, el sábado ó domingo saldré de aquí con otros.

Hoy ha llegado con grande admiracion i consuelo nuestro, el R. P. Orbegoso i demas compañeros, que desembarcaron en *Costa-Rica*, i despues de dos misiones que dieron, sabiendo nuestra llegada, han venido á reunirse con nosotros, i son los PP. Piquer, Boada, Forero, i los HH. Cárdenas i Posada que estaban en *Ibarra*.

El medio de que hemos usado para escribiros es bien raro; los dos SS. Tejada, bogotanos, son los que nos lo han facilitado. Apenas llegamos, al otro dia, con grande admiracion nuestra, vino el uno de ellos á visitarnos, con la cual visita quedamos satisfechos pues se mostró muy afectuoso con todos; pero particularmente con los bogotanos, de quienes exigió le visitásemos como lo hicimos el domingo pasado; en esta visita nos habló sobre las cartas, i aunque se nos ha ofrecido para despues, creemos será mejor no abusar i esperar llegar á *Guatemala* en donde arreglaremos nuestras comunicaciones.

75// Pero al fin ya debo concluir: mi hermano quiere escribiros i así yo me reservo, para *Guatemala* escribir poco á poco á todos, no ya relaciones sino cartas en que os con-

finicéis en lo que ya sabeis. Entre tanto recordad esta, como al principio os dije, por prueba de afecto i amor. ¡Dios maldad la mala leña, pésima gramática i demas errores que notéis, pues incómodamente os la escribo! No os olvidéis de vuestro caro hermano, que á todos abraza i saluda afectuosamente en Cristo.

N. N.

«Mis queridos i tiernos hermanos i siempre presentes hermanitas: si cuantas veces me he dirigido á vosotros, se ha llenado mi espíritu de consuelo, el que experimento esta vez es tan grande, que sensiblemente veo en mí los indicios de este natural sentimiento á un corazón como el mio. Sí, hermanitas de mi corazón, me conoceis i sabeis que conmigo no dicen bien las palabras que nada significan: si os digo que en las soledades, en los bosques i montañas, en el Océano, i finalmente, en mi lecho de dolor, os he pensado, me ha enternecido vuestra memoria; i que en todas estas ocasiones he levantado mi corazón i mis ojos al Cielo, como pidiendo á nuestro Padre Celestial por vosotros, vuestra salud espiritual i bienestar, por vuestros esposos i vuestros hijos. Ah! creedme lo, porque este vuestro hermano os ama i no puede olvidaros. Testimonio es de esta verdad el esfuerzo que actualmente hago para escribiros estos cuatro mal formados signos á causa de mis enfermedades, de que os habla N. buen hermanito mio, que tanto se ha desvelado en atenderme. A cada una de vosotras quisiera dirijirme i decirle alguna cosa; pero dispensadme, otra vez será, si Nuestro Señor no dispone de su siervo: encomendadme mucho á Dios. Pero á mí tí... si es que aun vive ¡cómo no nombraría siquiera! Decidle que soy suyo ahora como siempre.

A Dios prendas mias amadas, correspondedme i yo soi constante. Vuestro humilde hermano. N. N.

Mientras en *Nueva Granada* i el *Ecuador* se expulsa á los Jesuitas, otros pueblos se aprovechan del saber i de la virtud de estos Religiosos. He aquí la prueba:

La *Gaceta Universal de Augsburg* aunque protestante, no se ha creído dispensada de hacer justicia al zelo i consagracion de los Padres de la Compañia de Jesus. Este periódico publicó la siguiente correspondencia con fecha 1.º de marzo, bajo el rubro de *Vurzbourg*.

«Supuesto que ha dicho U. ya alguna cosa sobre la mision dada por los Jesuitas en *Vurzbourg*, tal vez leerá U. con interes algunos pormenores de estos ejercicios religiosos.

«Cada dia han predicado seis sermones en las dos principales iglesias de esta ciudad, los Padres Roder, Potgeisser, Haslacher, Waldburg-Zeil, Anderledy i Fruzini: aunque desde el principio fué considerable el auditorio, en los dias posteriores ha sido numerosisimo, en los dos últimos sermones, sobre todo; la concurrencia ha sido inmensa. Grandes i pequeños, pobres i ricos, sabios é ignorantes se veian comprimidos en ambas iglesias, i los confesionarios estaban rodeados de la multitud desde por la mañana hasta la noche.

«Imposible es dar á U. alguna idea de la impresion que han producido estos sermones en cuantos los han oido: ni una sola observacion hostil ha salido de la boca de aquellos mismos que no pertenecen á la Iglesia Católica.

«Me limitaré á indicar á U. un hecho solo, i es el interés i reconocimiento que toda la ciudad, el estado llano, la nobleza i el clero han testificado á los zelosos misioneros. Despues del sermón que dió término á los ejercicios, se presentó en el palacio episcopal, en donde estaban reunidos los piadosos Padres, una diputacion del Concejo comunal presidida por el Burgomaestre i acompañada de otra compuesta de los principales habitantes: estas diputaciones pusieron en manos de los misioneros á nombre de la ciudad, una manifestacion; i para tomar parte en ella habia un concurso numeroso al pie de las ventanas de la casa, por el lado de afuera, gritando fervorosos vivas.

«Nuestros corresponsales de Alemania, dándonos noticia de estos homenajes rendidos á los Padres Jesuitas, nos hablan de varias conversiones que regosijan en aquel país el corazón de los católicos: citan entre otras, la de un alto funcionario de la Corte de *Wurtemberg*, que fué removido de su destino desde que se tuvo conocimiento de su abjuracion, i nos recuerdan tambien la del caballero *Olzowski* de *Potritten*, que tuvo lugar el dia de *San Francisco Javier* en la Diócesis de *Emerland*, en *Prusia*»

(*L' Univers* de 17 de marzo de 1853, núm. 75)